Herbert Marcuse y otros

Ecología y revolución

45

nv fichas

Ediciones Nueva Visión
Buenos Aires

Colección Fichas
Dirigida por Guillermo Rabinovich

Herbert Marcuse, Edgar Morin,
Sicco Mansholt, Edmond Maire,
Michel Bosquet, Edward Goldsmith
y Phillipe Saint-Marc

Ecología y revolución

Ediciones Nueva Visión

Título del original: "Ecologie et revolution",
Le Neuvel Observateur, 19 de junio de 1972
Traducido por Raquel Puszkin

Tucumán 3748, Buenos Aires, Rep. Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Presentación

El tercer gran debate de "l'OBS", Club del "Nouvel Observateur", tuvo el martes 13 de junio de 1972 un éxito al menos tan grande como el de los dos anteriores: fue necesario negar la entrada a cerca de dos mil personas, en una sala en la que ya se encontraban mil doscientas.

Lo que sucede es que, según la expresión de Jean Daniel, que presidía el debate, "el año 1972 es, en Francia, el de la toma de conciencia ecológica". *Y sucede también, evidentemente, que los dos oradores principales tienen sus fanáticos seguidores.*

Sicco Mansholt, presidente de la Comunidad Económica europea, durante mucho tiempo poco apreciado por los agricultores franceses en razón de un plan que lleva su nombre, acababa de arrojar su bomba de tiempo sobre los "eurócratas", partidarios del crecimiento, y de provocar las injurias de Pompidou y Marchais por haber declarado que prefería la idea de

B.N.B. (Bonheur National Brut) *a la de P.N.B.* Produit National Brut).[1]

El filósofo Herbert Marcuse se hallaba, por su parte, aureolado por múltiples prestigios: Marx, Freud, las comunidades "hippies", la contra-cultura, el combate de Ángela Davies —su más célebre alumna— y las revueltas universitarias.

Pero estaban, por añadidura, Edmond Maire, secretario general de la C.F.D.T.[2]; el sociólogo Edgar Morin; Philippe Saint-Marc, autor de "Socializar la naturaleza"; el ecólogo británico Edward Goldsmith, y, del equipo del "Nouvel Observateur", Michel Bosquet.

Los oradores no tardaron mucho en desmitificar el crecimiento, rechazar la solución tecnológica para los problemas de la demografía, la contaminación y el ambiente; señalar que un capitalismo sin crecimiento ya no era viable y buscar en el socialismo la verdadera dimensión de la revolución ecológica.

Unánimes en el rechazo de la sociedad de consumo, los oradores —como se verá— dejaron traslucir sus divergencias acerca de la forma de socialismo que habría que adoptar y, sobre todo, de los métodos a emplearse para realizarlo. Por otra parte, según Edgar Morin (y también un sociólogo del auditorio), el so-

1 En esp., Felicidad Nacional Bruta y Producto Nacional Bruto, respectivamente. Es imposible mantener la correspondencia de las siglas si se traducen. [N. del T.] BIENESTAR NAC. BRUTO
2 C.F.D.T.: Confédération Française des Travailleurs (Confederación Francesa de Trabajadores). [N. del T.]

cialismo —al menos en su acepción tradicional— no alcanza ya para tomar la dimensión de una conmoción de carácter "cósmico". Esa no fue la opinión de Sicco Mansholt; según él, el capitalismo, condenado, dará a luz, si se le da tiempo, una inevitable opción colectivista que desterrará las nociones de dinero, competencia y ganancia. Asimismo, Herbert Marcuse, Edmond Maire y Michel Bosquet consideran que la ausencia de un modelo socialista (es decir, el fracaso de las experiencias comunistas actuales) no es en absoluto un obstáculo ya que el objetivo fijado depende esencialmente de la originalidad de las luchas que se emprendan.

En la sala, los ecólogos militantes reclamaban instrucciones precisas y motivaciones específicas de lucha. Con ello se subrayaba la potencia movilizadora de los temas ecológicos en la juventud actual.

Sicco Mansholt

El gran problema es saber si siete mil millones de hombres pueden vivir sobre nuestro planeta

Nos hallamos aquí para hablar del destino de la raza humana, pero es conveniente no olvidar tampoco a los animales y vegetales, elementos indispensables del complejo ecológico. La raza humana no debe preocuparse egoístamente de su exclusiva supervivencia.

Uno de los mayores problemas de nuestra época es el de la aceleración demográfica. Si la corriente actual continúa, en el año 2000 no habrá ya 3.500 millones de hombres sobre la tierra, sino 7.000 millones. En los próximos treinta años nacerán más hombres que en toda la historia de la humanidad. Además, los hombres de nuestra época quieren llegar incesantemente más alto, más lejos, más rápido y utilizan cada vez más materias primas. Nuestra sociedad está empeñada ante todo en una lucha por elevar el nivel de vida material. En este "progreso", ha conseguido contar con todas las posibilidades para destruir el mundo.

Desde hace tiempo, los espíritus inquietos han comenzado a preocuparse por estos problemas que, por ejemplo, constituyen el centro de interés del Club de Roma. En el Instituto de Tecnología de Massachusetts, a pedido del Club de Roma se ha empleado la computadora para tratar de hallarles solución. Se ha observado, entonces, que al querer reducir ciertas dificultades en ciertos ámbitos ecológicos, se tropezaba con otras dificultades en otros ámbitos. Si bien este estudio no ha aportado ninguna solución, ha posibilitado tomar conciencia sobre el particular. El público lo sintió sin duda así, ya que en los Países Bajos solamente se vendieron doscientos mil ejemplares en algunas semanas, pese a la aridez del texto. Hemos comprendido al menos que tenemos que analizar con gran precisión todos los fenómenos de nuestra sociedad humana si aspiramos a encontrar los medios de superar nuestros límites (subsiste el gran problema de saber si siete mil millones de hombres podrán vivir en nuestro planeta).

Dada mi experiencia en cuestiones de nutrición, me siento realmente alarmado. En Estocolmo, el director general de la F.A.O. ha declarado que el hombre no podía prescindir del uso de pesticidas e insecticidas. Pero yo me pregunto adónde iremos a parar si continuamos arrojando en ríos y mares cantidades cada vez mayores de dichos productos. Se nos dice que sería posible incorporar a la producción 1.300 millones de hectáreas de tierras áridas. Para ello, hace falta agua. ¿Y de dónde tomarla? ¿Quitándole la sal a los mares?

Eso exigiría una cantidad extraordinaria de energía. ¿Desmontar los bosques para entregarlos al monocultivo? Pero ¿adónde nos conduciría esto desde el punto de vista ecológico? Puede verse que, ante cualquier tipo de solución propuesto, se encuentran por doquier límites a las posibilidades de crecimiento.

Es evidente que todas nuestras materias primas, que existen en cantidad limitada, se agotarán. En esas condiciones, resulta bastante paradójico sostener, como se hace a menudo, que el crecimiento económico es necesario para luchar contra la miseria: cuando una fábrica quiere remediar la contaminación que provoca, debe admitir ciertas inversiones destinadas a ese fin; para pagar esas inversiones necesita aumentar su producción; pero este mismo crecimiento genera nuevas contaminaciones, etcétera. ¿Podremos continuar en este ciclo infernal?

Por otra parte, está el problema de las naciones pobres y las naciones ricas. El mundo actual está dividido entre un 25 % de ricos y un 75 % de pobres. Los debates de la conferencia de la C.N.U.C.E.D., en Santiago de Chile, se centralizaron en torno de esta cuestión. Yo estuve allí y puedo informarles que no se encontró ninguna solución para el problema. Los representantes de los pueblos pobres nos dicen que tienen necesidad del crecimiento económico. ¿La elevación del nivel de vida material mejorará la calidad de la vida? Para los más pobres, sin duda alguna. Pero ¿qué decir de las innumerables masas que se haci-

nan cada vez más en las villas miseria de las zonas tropicales, para subsistir allí en espantosas condiciones?

Entonces, ante esta situación, todos hablamos de reducir el abismo entre el nivel de vida del 25 % favorecido y el 75 % restante. Pero ¿qué hacemos para ello? ¿Y qué podemos hacer, por otra parte, dado que nosotros mismos no estamos dispuestos a renunciar a nuestro deseo de crecimiento? El promedio de ingreso anual por habitante es actualmente de 2.400 dólares en los países ricos y de 180 dólares en los países pobres. Si proseguimos nuestra política de crecimiento y ayuda al desarrollo, ese ingreso alcanzará a unos 3.600 dólares para los países ricos, mientras que, para los países pobres, pasaría a ser de 280 dólares. Solo habremos logrado agrandar la brecha en 1.000 dólares.

De donde surge la pregunta que le he formulado a Malfati: Europa Occidental, Estados Unidos y Japón ¿pueden proseguir su crecimiento actual si ese ritmo de evolución agrava la diferencia entre su nivel de vida y el de los demás pueblos del mundo? Es éste un problema que se debe encarar de frente si no se quiere mentir a los pueblos cuyo desarrollo se pretende apoyar.

Me parece que el remedio puede hallarse orientando a nuestra sociedad hacia nuevos objetivos. Sería necesario aumentar aun nuestro P.N.B., destinar por cierto una parte de dicho incremento a la elevación del nivel de

vida de los más pobres entre nosotros, pero utilizar otra parte en el mejoramiento de la calidad de la vida, en la preservación de la naturaleza —y eso cuesta caro—, en el desarrollo del arte, de la cultura. Y también, para cumplir las promesas que hicimos a los países pobres, es necesario transferirles —y pronto— una parte más importante del producto de nuestro crecimiento. Para que en los países actualmente pobres pueda comenzar a hablarse de cierta calidad de la vida, habría que llevar el promedio de ingreso anual, no a 280 dólares sino a 680 o quizá 1.080 dólares.

Tal esfuerzo exige una organización. Desgraciadamente, el mundo carece de organización. Las Naciones Unidas son impotentes ya que cualquier acción de su parte se halla trabada por la intangible doctrina de la plena soberanía de sus países miembros. Europa no está mucho mejor organizada, aunque, felizmente, progresa en un sentido comunitario y supranacional.

No obstante, el esfuerzo que preconizo no es posible dentro del marco de la sociedad actual, fundada en el capitalismo y la búsqueda de la ganancia. Por lo tanto, toda búsqueda ecológica supone una reflexión previa sobre la sociedad que nos permitiría alcanzar nuestros objetivos: una sociedad en la cual nos sintiéramos felices de vivir.

Edmond Maire

Lo prioritario no es determinar los umbrales de contaminación, sino movilizar a los ciudadanos

La resistencia al modelo de desarrollo capitalista no provino en Francia del movimiento *hippy*, sino de todo un sector del movimiento obrero y estudiantil: recordemos tan solo mayo del 68.

Hace ya bastantes años que en el seno de la C.F.D.T. nuestro pensamiento colectivo ha ahondado respecto de esta cuestión; después de Galbraith y su tesis acerca del productor-rey y del consumidor-siervo, André Jeanson denunció, en nuestro último congreso, el condicionamiento de la sociedad de consumo que hace aceptar a los ciudadanos la miseria de las necesidades colectivas. Antes del informe del M.I.T. y de la carta de Sicco Mansholt elaboramos un documento confederal denunciando el despilfarro, lo absurdo de los métodos de disminución voluntaria de la calidad de los productos, la renovación acelerada de los modelos lanzados al mercado, y reivindicamos la incorporación del costo de los daños al precio de los productos.

En la época del debate sobre el VI Plan, algunos se sintieron tentados de ridiculizar a la C.F.D.T., que criticaba el tipo de industrialización prevista por un capitalismo conquistador, una industrialización que implicaba en realidad la degradación de las condiciones de vida y de la satisfacción de las necesidades colectivas. No pudimos ser comprendidos en aquel momento, pero se empieza a percibir que la fuerza de las ideas que adelantamos entonces puede más que las burlas.

Ello no impide que el informe del M.I.T. y el juicio de los técnicos, los políticos y los intelectuales sobre la degradación ambiental y el cuestionamiento del tipo de crecimiento, presenten un interés superior, ya que aceleran un debate político fundamental, una toma de conciencia indispensable, y hacen aparecer, en el corazón mismo del sistema y de la estructura tecnocrática, voces que revelan con extrema claridad una contradicción capital de nuestra sociedad.

Sin duda, debemos tomar con ciertas reservas las perspectivas catastróficas que a menudo nos son presentadas. La evolución no es fatal, las cifras son controvertibles, y sobre todo, en la época de la prospectiva, la prolongación de tendencias pasadas resulta cada vez más inadecuada para prever el futuro.

Pero es muy cierto que el capitalismo ha demostrado una formidable capacidad de adaptación a la vez que una dinámica fundamentalmente conservadora. Todas las modificaciones e innovaciones del sistema responden, en

efecto, a una lógica implacable: la de la ganancia como motor de desarrollo, la de la acumulación del capital como modo de desarrollo, la del crecimiento considerado como el aumento en la venta de productos rentables, la de los límites puestos a la creatividad por la necesidad de mantener el poder en manos de una minoría. Es por ello que lo esencial de la demostración, al situarse en el centro del sistema, compromete nuestra adhesión. El futuro de la humanidad es incompatible con el modo de producción capitalista.

El crecimiento como objetivo de la economía mercantil, la ideología del consumo como una obsesión, el consumo exclusivo de objetos rentables como finalidad, etcétera, no solo no responden a la aspiración de los seres humanos, sino que incluso ya no pueden llevarse adelante sin conducir al mundo hacia la catástrofe.

La crítica al tipo actual de crecimiento no produce, sin embargo, una adhesión generalizada e inmediata justamente porque las necesidades que expresa actualmente la población son necesidades condicionadas, inducidas por el modo de desarrollo. En efecto, por una parte el ser humano es un producto cultural, un producto del conjunto social en el que vive y del cual constituye un elemento activo. Vivir es establecer relaciones dialécticas con el conjunto de estructuras, instituciones, clases y personas, con el conjunto de las condiciones materiales, culturales y naturales.

Por lo tanto, romper el condicionamiento no puede consistir en privilegiar la defensa de la

naturaleza por sobre la totalidad de los demás elementos de ese conjunto. El verdadero crecimiento consiste en el mejoramiento de las satisfacciones del ser humano en sus relaciones con todo el medio, es el mejoramiento de las condiciones que le permiten construir su personalidad, es la medida de los progresos realizados en la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales. Comprender la interdependencia de los elementos que constituyen el medio del ser humano es un progreso de la conciencia universal, al cual la biología ha contribuido poderosamente en el reciente período.

El enfoque ecológico debe abarcar el conjunto, y no tiene que centrarse en un mítico ruralismo o en un utópico retorno a la naturaleza. En consecuencia, desde la C.F.D.T. refutamos toda la concepción actual del crecimiento y sus cálculos, ese cálculo que elimina los servicios fuera del mercado, la calidad de las relaciones interpersonales, el tipo de condiciones de trabajo y que, en cambio, suma el costo de las bombas atómicas al de los accidentes de tránsito o al de la lucha contra la contaminación. El tan mentado 5 % de crecimiento anual con que nos machacan los oídos no tiene, por consiguiente, ningún sentido. Un régimen socialista-democrático tendrá que determinar, políticamente, los valores relativos que se otorgarán al conjunto de los elementos cuantitativos y cualitativos que responden a las necesidades humanas fundamentales.

Ello equivale a decir que, en nuestra opinión, el crecimiento es necesario, y que la expresión

"crecimiento cero" es una negación del desarrollo de la humanidad. Incluso en materia económica y técnica, ¿se puede olvidar todo el progreso real logrado para evitar el dolor de los seres humanos, se puede olvidar acaso la necesidad de llevar adelante ese progreso para superar la fase de trabajo parcelario y embrutecedor para millones de trabajadores? Si bien la urbanización desordenada o la urbanización a cualquier precio son condenables, ¿no constituyen las ciudades acaso un progreso al permitir que la mayoría se beneficie con equipamientos colectivos, cuente con una gama más vasta de contactos humanos, una mayor diversidad de informaciones, mejores posibilidades de construir su personalidad, mayor libertad? ... Igualmente, el placer de la velocidad por la velocidad misma no es una finalidad, pero la velocidad también significa para la mayoría la posibilidad de conocer otras personas, otros países, otras culturas: de acelerar la comunicación. Es por ello que no pueden considerarse términos opuestos la defensa de la naturaleza y el mejoramiento de la suerte de los físicamente disminuidos, de los que habitan viviendas deficientes, de los desocupados. No se debe oponer naturaleza a construcción: lo propio del ser humano es justamente construir cada vez más el espacio en que vive.

Por eso rechazamos el tipo de crecimiento que se nos propone, ese proceso del cual ya ni siquiera se puede decir que esté dirigido a producir algún mejoramiento, y que, como nos advierten algunos especialistas, no es en reali-

dad más que un crecimiento hacia la muerte. En nuestra opinión el mejoramiento del modo de vida debe manifestarse por las satisfacciones crecientes en la vida social, por una participación cada vez mayor de los individuos en la determinación de su suerte y de su futuro, donde cada uno llegue a ser actor en la autogestión y la planificación. Entonces, colectiva y democráticamente, la sociedad podrá atribuir un verdadero valor tanto a sus necesidades de educación, de salud, de urbanismo y de relaciones sociales, como a sus necesidades materiales: podrá comparar esas necesidades entre sí y elegir.

Pero tal inversión del sentido del crecimiento supone una desalienación de los seres humanos, una liberación de sus aspiraciones fundamentales. O sea que no se trata simplemente de eliminar el capitalismo en el sentido estrecho de la propiedad privada de los medios de producción, sino también de suprimir todos los poderes jerárquicos, los de Occidente como los del Este, los de todos los sistemas en donde la elección de las necesidades que han de satisfacerse se efectúa "desde arriba" en nombre del capital, de la ciencia o del partido, y desde allí se impone a la población, y es precisamente esto lo que nos parece criticable en las soluciones propuestas por Sicco Mansholt.

No solo nos parecen a menudo malthusianas —en particular el retroceso del bienestar material enunciado de un modo general, indiferenciado— sino que son también esencialmente autoritarias. Por ejemplo, se habla de supri-

mir los subsidios familiares, en tanto que la educación sexual y el control de la natalidad tienen un sentido humano totalmente distinto y una muy diferente eficacia. Sobre todo, la disposición propuesta hace pensar en medidas que solo correspondería a los científicos imaginar y al gobierno imponer, silenciando el derecho de la población a determinar por sí misma las prioridades. Si el capitalismo, en la definición que de él ofrece la C.F.D.T., es a la vez un sistema de propiedad privada y de dominación, entonces la crítica realizada no es suficiente para ser anticapitalista.

Por otra parte, vemos por los hechos a las clases dominantes: hacen todo lo posible por superar esta crisis del sistema recurriendo a una campaña de cientificación alrededor de la lucha por la conservación ambiental, considerada una defensa de la naturaleza en la que todo el mundo, desde el peón hasta el P.D.G.,[1] se alzaría solidariamente contra los riesgos engendrados por un progreso técnico al que se considera neutro, indeterminado, y contra los abusos a los que puede conducir "la naturaleza humana".

Como no se trata de disminuir las ganancias sino, por el contrario, de aumentarlas, dado que las medidas contra la contaminación son costosas, es necesario que todos los individuos acepten pagar el costo de la lucha contra la contaminación como consumidores o como contribuyentes, y, para eso, cada cual debe

1 P.D.G.: Président-Directeur Général (Presidente-Director General). [N. del T.]

sentirse culpable, "contaminador". Así se desarticula la rebelión, se la transforma en una nueva fuente de beneficios. Las clases dominantes procuran crear a la vez el sentimiento de una solidaridad objetiva entre el director y sus empleados, afectados igualmente por los vapores de combustibles o los efectos del *smog*, y conducirlos a reacciones de interclase, e incluso de colaboración de clase.

Los que tienen el poder se defienden también persiguiendo el crecimiento a través de la lucha contra la contaminación a la vez en el plano económico, ya que surgen de allí nuevos mercados, y sobre el plano ideológico, transformando un problema social, de clase, en un problema de moral individual. Las previsiones de ciertos políticos y científicos pueden ser entonces recuperadas por el sistema. A menudo, se tiene la impresión de que no se trata de cuestionar un sistema económicosocial basado en el hecho de que la dirección de la colectividad es ejercida por una minoría, sino de advertir a los que tienen las palancas de control que anden con cuidado: corren el peligro de perder el poder. ¿La finalidad no sería entonces fortalecer el sistema en lugar de darle el poder al pueblo?

Se nos puede objetar que el capitalismo no puede ser el mismo y simultáneamente frenar su tipo de crecimiento. Responderemos que no nos interesa tampoco que el resultado sea un sistema autoritario tecnocrático y coactivo, algún otro tipo de dominación, en un proceso de cambio que conduciría quizás a estabilizar

la producción industrial —pero ¿qué producción? ¿y para quién?— y a renunciar a ciertas libertadas —pero ¿qué libertades? ¿y quién se vería privado de ellas?—.

El cambio a que aspira el movimiento obrero nada tiene que ver con esta solución despótica y no igualitaria. La verdadera solución es la movilización de la opinión pública, no solamente contra una especie de catástrofe de la cual nadie sería responsable, sino contra las prioridades impuestas por la clase que monopoliza el poder. Para cambiar la sociedad hace falta otro tipo de relaciones sociales, de estructuras que den el poder de decidir su futuro al conjunto de los ciudadanos por fin desalienados.

Es necesario concebir relaciones sociales y humanas sobre una base igualitaria que excluya cualquier discriminación de sexo, clase o raza. Es necesario realizar la autogestión y la planificación autoadministrada en un sistema de propiedad social de los modos de producción donde el mejoramiento ambiental alcanzará su verdadera dimensión, la de una transformación de las relaciones del ser humano con la naturaleza y de las relaciones de los hombres entre sí, lo que conduciría a reconsiderar el tipo de desarrollo industrial y la asignación de los recursos y de donde podría surgir un nuevo humanismo.

Esta movilización es mucho más prioritaria que la definición de los umbrales de contaminación o la cuestión de saber quién va a pagar

el costo de la misma. Esto no significa que no se necesitan soluciones técnicas, instalaciones preventivas de la contaminación desde el momento en que se construyan las fábricas o los conjuntos urbanos, nuevas concepciones del urbanismo o de los transportes colectivos; pero lo prioritario es que los ciudadanos, los trabajadores, tomen conciencia de la manipulación de que son objeto, y que, para ello, puedan contar con una información permanente, objetiva y total, una información como la que esta tarde contribuye a brindar el Club del "Nouvel Observateur". Los trabajadores deben pasar a la acción para impedir que otros sigan hablando en su lugar de las modificaciones del modo de desarrollo actual a fin de fortalecer su poder.

Esta información, esta toma de conciencia, esta movilización deben efectuarse evidentemente a nivel internacional y ante todo europeo. El motor pueden serlo las organizaciones sindicales. Lo que supone que dichas organizaciones no intentan calmar la inquietud provocada por los especialistas del problema ambiental; que no reenvían su pensamiento y su acción al tipo deseable de desarrollo al momento en que el poder central haya cambiado de manos; que no temen criticar desde este punto de vista el modo de crecimiento de los países del Este en la medida en que allí se rehúse a poner en cuestión el tipo de desarrollo de las fuerzas productivas y a dejar que sea el conjunto de la población quien determine las finalidades del crecimiento.

En la medida en que las investigaciones y los trabajos en curso acerca del medio, la ecología, el crecimiento, etcétera, reflejan una crisis real, una contradicción profunda del capitalismo, no equivocaremos el camino al formular críticas y proposiciones que sean experimentadas como verdaderas por la masa de trabajadores y por la población. Disponemos aquí de un medio de acción, de movilización, y el movimiento obrero puede encontrar en esta tarea la solidaridad indispensable con los intelectuales para soldar la clase motora de la transformación social alrededor de un proyecto colectivo común, que no puede dejar de ser socialista y autogestionado.

Michel Bosquet

Si se permite a los grandes monopolios "recuperarla" para sí, la lucha contra la contaminación puede conducir al despotismo

Escuchando hace un momento a Sicco Mansholt y, sobre todo, leyendo las cosas un poco subversivas que declaró al "Nouvel Observateur" de esta semana, me dije que, decididamente, no se debe nunca desesperar totalmente de un viejo socialdemócrata. La civilización posindustrial que nos describe en la actualidad como la única vía de salvación para la humanidad recoge algunas de las principales características del socialismo, o mejor del comunismo, tal como se lo entendía en el siglo pasado.

Allí está todo, o casi todo: el igualitarismo económico y cultural, la liberación del trabajo, una repartición de las riquezas sociales sustraída a las leyes del mercado, una producción social cuyo objetivo ya no es la ganancia y la acumulación del capital, una base tecnológica radicalmente transformada, que no somete ya el trabajo viviente a la dominación del capital y a las exigencias de su acumulación. En resumen, una economía que deja de

regirse ya por la ley del valor y lo hace en cambio por el lema: a cada cual según sus necesidades.

Esta visión de una sociedad posindustrial y poscapitalista es la única que resulta compatible con la gestión y asignación *racionales* de los recursos globales, con la revolución económica que supone la revolucionarización de las relaciones entre el hombre y la naturaleza que los ecólogos reclaman. Es que la ecología, por los nuevos parámetros que introduce en el cálculo económico, constituye virtualmente una disciplina profundamente anticapitalista y subversiva. Mientras que el único óptimo que conoce la contabilidad capitalista es el acrecentamiento del capital y la ganancia, la ecología introduce parámetros extrínsecos: el aprovechamiento óptimo de los recursos naturales, del medio, del equilibrio biológico; la búsqueda del máximo de durabilidad, de valor de uso en lugar de valor de cambio; la satisfacción y plenitud óptimas de los hombres en su trabajo y fuera de él, en vez del rendimiento y la productividad máxima del trabajo desde el punto de vista del capital.

Todo ello aparece, convenientemente ligado, en las exposiciones de Mansholt, como por otra parte en los documentos económicos del M.I.T. y del *Blueprint for Survival*. Y es lógico que así sea. La ecología ataca la producción capitalista en el nivel de su fin inmanente: el acrecentamiento continuo del capital, y de allí se pasa naturalmente a refutar la lógica capitalista en cuanto al sistema en su totalidad, a

las relaciones sociales de producción, las relaciones mercantiles y de valor.

Si uno se pregunta ahora qué medios se plantean los ecólogos, qué medios encara Mansholt para realizar los objetivos subversivos que implica la ecología, las cosas empiezan a complicarse seriamente. Los ecólogos y los movimientos ecológicos —con muy pocas excepciones— permanecen mudos en lo que respecta a los medios. Es que en este caso nos encontramos ante una sensibilidad subversiva y una aspiración revolucionaria sin base de clase, una rebelión *moral* que, frecuentemente, rechaza el conjunto de la civilización capitalista sin plantear explícitamente la cuestión de la *naturaleza de clase* de la sociedad de la que es fruto esa civilización. Ello explica el carácter *utópico*, "anticultural" que revisten a menudo los movimientos ecológicos y las proposiciones "científicas" que los respaldan.

Es verdad que en el caso de Sicco Mansholt no podemos decir en absoluto que guarda silencio en cuanto a los medios. Pero con esto adelantamos poco o nada. Ya dije que un comunista podía reconocerse por sus objetivos. Pero agregaría de inmediato que la divergencia entre comunistas y socialdemócratas, entre revolucionarios y reformadores sociales, se ha centrado siempre no tanto en los objetivos finales como en las vías, los medios y las fuerzas sociales capaces de asegurar su realización. Así, después de haber reconocido en Sicco Mansholt un aliado posible en el plano ideológico, también veo en él a un adversario de

envergadura en el plano político. En efecto, ¿qué es lo que nos propone? Muy simplemente, confiar, para la realización de una civilización posindustrial y poscapitalista, en la conversión moral de los gerentes del gran capital y en una intervención esclarecida de los aparatos de Estado, nacionales y supranacionales.

Quizás eso constituya, de su parte, una astucia táctica. Pero quizá también Sicco Mansholt, como tantos otros, esté realmente impresionado por el hecho de que el estudio del M.I.T. acerca de las condiciones para el equilibrio y la necesidad de detener el crecimiento haya sido financiado por tres monopolios del automóvil: Volkswagen, Fiat y la Fundación Ford. No me corresponde juzgar las intenciones o los pensamientos ocultos de nuestro ilustre invitado. Solo puedo destacar mi profundo desacuerdo con lo que él declara, a saber: que la toma de conciencia ecológica de ciertos grandes patrones muestra la posibilidad de un paso gradual y sin tropiezos de la sociedad capitalista tal como la conocemos a una sociedad que ya no estaría dominada por la lógica de la máxima ganancia.

La conciencia ecológica de la que alardean esos grandes patrones me parece ser más que nada una maniobra estratégica que aspira a un doble objetivo. El primero es desarticular el debate ecológico apropiándose de ciertos temas y sirviéndose de ellos como coartada. Bajo ese aspecto, el financiamiento del estudio del M.I.T. por los monopolios del automóvil puede ser entendido como una estratagema de relaciones

públicas: se trata de quitarle al debate ecológico su potencial anticapitalista, de contenerlo en los límites del sistema, de distraer a las naciones ricas mientras sus Estados organizan, ayudan o toleran las masacres programadas, mecanizadas y bacteriológicas en Vietnam y en Angola, el fascismo esclavista de África del Sur, etcétera.

Más allá de esa estratagema táctica, puede discernirse un segundo objetivo, más ambicioso: preparar a algunos grupos o ramas particulares de la industria capitalista para la crisis que significaría para el sistema en su conjunto la detención del crecimiento material (a fin de hacer de dichos grupos o ramas los organizadores y beneficiarios de esa crisis).

Y es aquí donde llegamos al centro del problema: el equilibrio global, en el que el no-crecimiento —incluso el descrecimiento— de la producción material constituye una condición básica, ¿ese equilibrio global resulta compatible con la supervivencia del sistema? Mi amigo André Granou, en "Politique Hebdo", sostuvo que sí. Su camarada Barmeley ha sostenido que no. Yo creo que ambos tienen razón. Por mi parte, he defendido una tesis más matizada: el no-crecimiento es contrario *a la lógica* del sistema capitalista e incompatible con el funcionamiento del capitalismo *tal como nosotros lo conocemos*; pero no es necesariamente incompatible con la *supervivencia* del capitalismo bajo alguna otra forma, durante un período limitado, pero que puede llegar a ser largo. He aquí lo que conviene clarificar un poco.

Necesitamos distinguir, por comenzar, dos tipos de no-crecimiento. Uno, imaginado por Mansholt y por el equipo del M.I.T.,[1] descansa sobre una política económica de equilibrio, centralmente dirigida. Volveré sobre esto más adelante para demostrar que esa política proviene de una miopía.

Pero existe otro tipo de no crecimiento que, decididamente, no es nada utópico: se trata de la crisis de la economía capitalista, crisis que no debe confundirse con su colapso o su muerte violenta. La detención del crecimiento, en efecto, solo significa una cosa: el capital *en su conjunto* se halla en la imposibilidad de acrecentarse, está destinado a estancarse o incluso a declinar a causa de la disminución de la tasa de ganancia.

Sin embargo, ese hundimiento de las tasas de ganancia es solo una situación *promedio*. No afecta a todos los capitales ni a todas las industrias. Por el contrario, ofrece a los grupos más poderosos, a los que tienen una posición monopólica, la posibilidad de eliminar a las empresas más débiles, acaparar su parte del mercado y, en caso extremo, monopolizar por completo la economía.

Pues bien, es a una situación de ese género a la que se preparan actualmente los grupos monopolistas más poderosos. Esos grupos no se asustan excesivamente de la necesidad de luchar contra la contaminación, de redimensio-

1 M.I.T.: Massachusetts Institute of Technology. [N. del T.]

nar las fuentes minerales, de proteger y reproducir el ambiente. Muy pronto ellos tendrán el monopolio de los equipos contra la contaminación, de redimensionamiento y de producción no contaminante. Revenderán esos equipos a un precio "competitivo" a sus propias filiales, y a un precio diferente, más elevado, a sus otros clientes, asegurándose así una sobreganancia.

En un segundo tiempo, cuando esos otros clientes hayan sido eliminados del mercado, los grupos más poderosos habrán conquistado así el monopolio de la producción y venta de aire no contaminado, de agua potable, de los minerales y el medio ambiente preservados. Gracias a lo cual podrá articularse un nuevo ciclo de acumulación, fundado sobre la capitalización de la propia naturaleza, sobre la subsunción por el capital *de la totalidad de los factores y condiciones que permiten la vida en la tierra.* El lazo se habrá cerrado: la ley de la ganancia habrá invadido los últimos enclaves de la naturaleza; incluso el aire habrá llegado a constituir una mercancía; el totalitarismo del capital llegará a su más completo perfeccionamiento y con él la monopolización de la economía.

Tal es la pendiente natural de la evolución que se inicia y que lleva en sí misma los gérmenes de la crisis final y del despotismo más bárbaro, cuyo sabor anticipado se nos ofrece en los genocidios mecánicos y químicos de Vietnam y Angola, en los gobiernos verdugos de Turquía, Irán, Brasil, etcétera; en el escla-

vismo sudafricano, cubierto de oro y aviones "Mirage"...

Esta evolución, evidentemente, es totalmente opuesta a aquellas, idílicas, que imagina y preconiza Sicco Mansholt. El tipo de no-crecimiento que nos propone descansa sobre una clasificación central desmultiplicada cuyas normas, imperativas pero libremente aceptadas, impedirán que el capital se acumule y acreciente. El capital tendrá apenas el derecho de reproducirse, tan lentamente como sea posible, ya que tanto los bienes de inversión como los de consumo deberán tener la mayor duración posible. Así, no solamente le estará prohibido acrecentarse, sino que la duración misma de su amortización será severamente reglamentada. En suma, la regla de oro de la política de equilibrio consistirá en perseguir la obtención de la *mínima tasa de ganancia,* y no ya la de ganancia *máxima.*

Y esto significaría, con toda evidencia, el fin de la economía capitalista. Los propietarios o funcionarios del capital no tendrán derecho ni a acumular, ni a amortizar, ni a invertir de acuerdo con su interés de capitalistas. ¿Qué quedará entonces para ellos? Les quedará lo que Marx llama la "renta", es decir, un beneficio destinado no ya a ser acumulado, capitalizado, sino a ser *gastado.* Pero en relación justamente con dicha "renta", Sicco Mansholt nos dice que ella no procurará casi ninguna ventaja a sus beneficiarios, ya que estos no encontrarán bienes materiales suntuarios que comprar con su dinero. Y prácticamente, ni si-

quiera experimentarán el deseo de hacerlo, agrega Mansholt. Porque la sociedad habrá llegado a ser igualitaria: todo lo necesario —e incluso lo superfluo— estará asegurado para todos a través de la repartición centralizada de las riquezas materiales, por la gratuidad de los servicios colectivos y de las riquezas culturales. En suma, la política económica de equilibrio, tal como Mansholt la concibe, conducirá a la extinción de la burguesía y del capitalismo de mercado.

Pero, de golpe, yo me pregunto: ¿quién diablos podrá poner en práctica esta política económica? ¿El aparato de Estado? ¿De dónde sacará los medios? ¿En qué fuerzas sociales se apoyará para promulgar sus leyes y reglamentos y, sobre todo, *para hacerlos aplicar*, para imponerlos a los capitalistas y provocar así su extinción? ¿No estamos ya en plena utopía? ¿Las reformas preconizadas por Mansholt no presuponen *una revolución*?

Cuando se le formulan tales preguntas, contesta con esta respuesta evasiva, cuya absoluta exactitud podría sugerir que su pensamiento va más lejos que lo que él mismo deja traslucir: *"Los cambios necesarios deberán hacerse con vistas al interés general de toda la sociedad"*. Es totalmente cierto. Pero ¿quién es el portador, el sujeto posible de un cambio global efectuado con vistas al interés general de la sociedad entera? ¿El Estado? Ciertamente, no. Y Mansholt se cuida muy bien de afirmar semejante cosa, como si efectivamente fuera consciente del hecho de que el Estado

es un Estado de clase, que esta sociedad es una sociedad de clases y que el interés de esta sociedad de clases que el Estado representa no se confunde en absoluto con el interés general. No habrá interés general de toda la sociedad hasta que no se logre la supresión de las clases, de la sociedad de clases y del Estado. ¿Y quién puede ser el agente de dicha supresión?

Acerca de todas esas cuestiones —y ésta será mi conclusión— cederé la palabra a Paul Mattick, quien, en *Integración capitalista y ruptura obrera*[2] escribió estas frases en las que también encontramos reflejadas algunas de las preocupaciones de Edmond Maire:

"*El fin del sistema capitalista* —escribe Mattick— [...] *podría muy bien estar precedido de una simple modificación del sistema en el sentido de un capitalismo de Estado. Una revolución de ese género no sería en absoluto socialista, ya que únicamente significaría la transferencia de los medios de producción —y, en consecuencia, de la gestión de la producción y la distribución— a manos de formaciones políticas que se confunden con el Estado. El proletariado persistiría así como una clase dirigida, incapacitada de forjar ella misma su propio destino... Los productores* [...] *no habrían hecho más que cambiar una forma de esclavitud por otra, y nada prueba que una de esas formas sea verdaderamente preferible a la otra.*"

2 Editions E.D.I., 1972. Prefacio de Robert Paris.

"[...] *Hablar de un cambio social llamado a eliminar el modo de vida capitalista equivale a hablar de revolución del proletariado, siendo esta clase específica la única capaz de transformar la sociedad, desde el punto de vista de la producción, en una comunidad racional y sin clases.*" "*El socialismo no podría concretarse en virtud de un simple cambio de gobierno* [...] *La nueva sociedad solo emergerá después de un gigantesco combate, llevado a cabo por todos los medios.*"

Edward Goldsmith

Si se salta de un avión, más vale equiparse con un paracaídas que con un altímetro

El principio fundamental que sirve de base a nuestra sociedad industrial es el siguiente: mejorar la suerte del hombre, sustituyendo con los mecanismos relativamente rudimentarios fabricados o controlados por él los mecanismos infinitamente más sutiles y autorreguladores de la naturaleza.

Llamamos *desarrollo* a dicha sustitución. Se refleja en el crecimiento económico, y esa supuesta mejoría recibe el nombre de *progreso.*

Pero ese progreso comienza a verse frenado por diferentes problemas denominados *ecológicos*: principalmente, el desequilibrio creciente entre la población y los medios materiales para alojarla y alimentarla; por otra parte, la contaminación en todas sus manifestaciones.

¿Cuál es la reacción general ante estas dificultades? Para no poner en tela de juicio la validez del principio de desarrollo y de deseabilidad del progreso, se tiene la tendencia a acha-

car esos fracasos a la técnica. Se afirma, por ejemplo, que el control de la contaminación no resulta suficiente y que el capitalismo es responsable de ello. Simplemente se olvida que las fábricas nacionalizadas contaminan tanto como las del sector privado.

En realidad, actuamos de la misma manera que un brujo que, en época de sequía, se esforzara en vano por provocar la lluvia: él también se muestra incapaz de poner en duda el método que emplea. Para él es irrefutable, ya que es la base misma de su cultura tradicional. Para nosotros, aceptar la tesis según la cual los problemas ecológicos y sociales que amenazan cada vez más a nuestra sociedad son provocados por imperfecciones técnicas que pueden teóricamente ser eliminadas, implica que podemos continuar manteniendo el crecimiento económico y, en consecuencia, la carrera del progreso.

Acabo de volver de la conferencia de Estocolmo, donde editamos, con "Los amigos de la Tierra", un boletín diario para los delegados. Pude observar que este modo de ver las cosas es compartido por la casi totalidad de los mismos. Es igualmente la posición de la mayor parte de los oradores que participan en el coloquio —no obstante, contestatario— "The Environmental Forum". Todos ellos justifican sus puntos de vista con argumentos muy diferentes.

Se insiste, de ambas partes, sobre la necesidad de tomar medidas adecuadas para evitar los

problemas ecológicos inesperados. Pero ¿existen medidas tales? No lo creo, y en mi opinión resulta fácil demostrar que no existe solución tecnológica a los problemas creados por el desarrollo económico.

Tomemos el caso de la contaminación. En la actualidad, esparcimos en nuestro ambiente alrededor de quinientas mil sustancias contaminantes (cada año "inventamos" un nuevo millar). Su efecto es diferente según que actúen por separado o en combinación con otras: el D.D.T., por ejemplo, cuyo efecto nocivo sobre las algas ya era conocido. Ello no provocaba grandes temores, pues se sabía que el D.D.T. era muy poco soluble en el agua. Pero se cayó en la cuenta de que bastaba que un poco de aceite se mezclara con el agua para que el efecto fuese diez mil veces más enérgico.

Se habla mucho, en Estocolmo y en otras partes, del *monitoring*. La idea consiste en crear un organismo mundial bautizado "Earthwatch" (Vigilancia de la Tierra) para verificar de modo global el nivel de todos los contaminantes. Resulta evidente que tal proyecto no es realizable: a fin de efectuar las experiencias necesarias para determinar la toxicidad de todas las diferentes combinaciones de quinientas mil sustancias contaminantes, habría que tener a mano más ratas blancas que las que la tierra puede contener. Y la población total del globo no alcanzaría sin duda para asegurar la conducción de esas experiencias de laboratorio. De todas maneras, el problema no reside en documentarse acerca del envenenamiento de

nuestro planeta, sino en evitarlo. Como dijo mi colega Robert Allen: *"Si se salta de un avión, más vale equiparse con un paracaídas que con un altímetro"*.

He aquí entonces la verdadera cuestión: ¿Cómo se puede evitar la contaminación? El costo del control efectivo es exorbitante y aumenta exponencialmente según el grado de depuración que se desea alcanzar. En una fábrica tipo de Estados Unidos es necesario gastar quinientas veces más si se quiere eliminar el 80 % de emanaciones nocivas. E incluso si se lograra reducir en un 80 % toda la contaminación, ello no constituiría una solución definitiva del problema, sino que apenas permitiría ganar algunos años —veintisiete, para ser más preciso—: la actividad económica generadora de contaminación, al aumentar a un ritmo del 6 % anual, se cuadruplica, en efecto, cada veintisiete años. Del mismo modo, es fácil demostrar que ninguna solución tecnológica puede resolver definitivamente los problemas de la alimentación, del crecimiento de la población, de la explotación de recursos no renovables o de disgregación social, que es una de las consecuencias ineluctables del crecimiento económico.

En este sentido, podemos considerar el fenómeno del aumento de la criminalidad en los países industrializados. En Estados Unidos hay actualmente dieciséis mil muertes por año. Hoy en día, resulta más peligroso pasearse por Nueva York que por las calles de Belfast. Norteamérica destina veinte mil millones de dólares

anuales a los dispositivos de seguridad, autos blindados y servicios de detectives privados. Ello representa cerca de cien dólares anuales por habitante, o sea la mitad del presupuesto nacional de Gran Bretaña, cuatro veces el ingreso medio de un habitante de Nigeria, siete veces el de un habitante de Burundi: pero el aumento de la criminalidad continúa.

En consecuencia, es cada vez más evidente que ninguna medida tecnológica puede proteger nuestro ambiente social y físico contra los estragos causados por la expansión económica. Pero incluso quienes se dan cuenta de esta realidad continúan razonando en sentido inverso: se preguntan por cuánto tiempo es posible mantener una tasa de crecimiento. No alcanzan a desembarazarse de la vieja tesis según la cual la expansión conduce al progreso y el progreso es deseable.

Y así olvidan solamente una cosa: nuestra sociedad es la única que se ha fijado como objetivo la noción de progreso. Nuestra sociedad es apenas una, entre los varios miles de sociedades estudiadas y descritas por los etnólogos. Existe desde hace sólo ciento cincuenta años, mientras que el hombre está sobre la tierra desde hace un millón de años por lo menos: el equivalente de dos días en la vida de un hombre de cincuenta años. Pues bien, todas las sociedades viables que conocemos se oponen a cualquier desviación peligrosa.

El progreso tiene una gran justificación: tiende a suprimir los diferentes azotes de

la humanidad: la pobreza, la desocupación, las enfermedades, etcétera. Pero es evidente que esas esperanzas están lejos de haberse realizado, y que ni siquiera se puede decir que están en vías de realización. El problema de la pobreza: en los Estados Unidos hay más de veinticinco millones de personas consideradas pobres oficialmente, que sufren de desnutrición. Muchos de ellos tienen un aparato de televisión en colores en su casa... La pobreza es una noción que nunca se ha definido claramente. Es mucho más que la privación de bienes materiales. Es también un estado de espíritu, un estado de desmoralización que las condiciones urbanas creadas por el desarrollo no pueden más que agravar. Ivan Illich escribió: *"La industrialización no elimina la pobreza, la moderniza"*. Se puede decir lo mismo respecto de la desocupación.

En Gran Bretaña se construye actualmente un puerto para la industria metalúrgica. Costará veintiséis millones de libras y proveerá doscientos empleos. A ese precio, los nuevos empleos son un lujo poco razonable. En los Estados Unidos cuesta treinta mil dólares emplear a un obrero agrícola. Es evidente que en los próximos años nos veremos obligados a reducir las inversiones necesarias para crear empleos.

La esperanza en una medicina moderna que lograra mejorar la salud de toda la población es, del mismo modo, absolutamente quimérica. Los vastos programas que aspiran a suprimir los agentes de enfermedades infecciosas no

pueden tener éxito, a la larga, ya que prevén sustituir los controles complejos y autorregulados de la naturaleza con medidas precarias. Se puede prever entonces un acrecentamiento de las epidemias.

En consecuencia, no debemos vacilar en aceptar el principio de un cambio radical de orientación de nuestra sociedad. Tendremos que desarrollar sin duda una sociedad descentralizada, organizada en comunidades mucho más pequeñas, capaces de dirigirse ellas mismas y que posean por lo tanto la condición principal de la estabilidad. Una descentralización de ese tipo permitiría igualmente reducir al mínimo la presión de la población humana sobre el ambiente. Es probable, por otra parte, que sociedades tales puedan satisfacerse con un consumo de recursos y de energía sensiblemente inferiores, por lo que también se reduciría la creación de sustancias contaminantes.

El *Blueprint for Survival* que está por aparecer en Francia, bajo el título de *Disparaître ou changer* (Desaparecer o cambiar) (Ediciones Fayard), esboza un programa de transición hacia una sociedad de esas características.

Edgar Morin

La conciencia ecológica no debe ser sometida ni por la tecnología ni por el "marxismo exorcizador"

¿Qué es la conciencia ecológica? Es ante todo el descubrimiento de que aquello que llamamos medio, entorno o naturaleza, constituye un *ecosistema,* es decir, una unidad viviente de extrema complejidad, constituida por las interrelaciones entre un gran número de especies vegetales y animales.

En segundo lugar, es el descubrimiento de que todo ser viviente es un "sistema abierto", a la vez autónomo y dependiente del ecosistema. Cuanto más evolucionado, tanto más autónomo y más complejo es el ser y, también, tanto más *dependiente* del ecosistema por miles de redes. La gran ley de la relación ecosistémica es la de *la dependencia de la independencia.* Así es como el hombre, cuanto más autónomo es como individuo, más necesidad tiene de la sociedad; y la sociedad, cuanto más desarrollada, más necesidad tiene de la naturaleza.

Es, finalmente, el descubrimiento de que el actual crecimiento industrial tiene un carácter

fatal si continúa su curso exponencial, o sea, hacia el infinito, lo que equivale a decir hacia la muerte. En efecto, ese crecimiento tiende a aniquilar el ecosistema por una explotación insensata; tiende a asesinarlo por medio de inoculaciones de veneno en sus fuentes vivas: el agua, el aire, la tierra.

Por consiguiente, dada la relación ecosistémica de dependencia-independencia, dicho crecimiento tiende a la autodestrucción de la civilización por destrucción del ecosistema.

El crecimiento exponencial significa no tanto que las reservas disminuyan en función misma de la aceleración del crecimiento, sino sobre todo que *el crecimiento es un fenómeno incontrolado.* De allí la necesidad de invertir la visión de las cosas en que el crecimiento industrial era considerado el fundamento del orden y la regulación de la sociedad moderna. El crecimiento debe aparecer, por el contrario, como una manifestación de desorden, un desencadenamiento de fuerzas no solamente creadoras sino también destructivas.

Así, pues, la conciencia ecológica nos plantea un problema de una profundidad y amplitud enormes. Debemos afrontar simultáneamente el problema de la Vida en el planeta Tierra, el problema de la sociedad moderna y el problema del destino del hombre. Ello nos obliga a volver a discutir la orientación misma de la civilización occidental, que ha consumado su triunfo sobre la base de tres principios organizadores, que resultan ser hoy los principios

de su ruina: la separación cartesiana del hombre-sujeto en un universo de objetos para manipular (fundamento del humanismo moderno); la ciencia concebida como conocimiento objetivo que no se preocupa de su sentido ni de su fin, y que por ello mismo se convierte en fundamento de poderes y potencias; y finalmente, la concepción burguesa —después marxista— del hombre conquistador de la naturaleza que llega a ser, por último, el Gengis Khan de los suburbios solares.

La conciencia ecológica apenas nace y ya corre grandes riesgos. En primer lugar, existe el riesgo de reducirlo todo al problema estrictamente ecológico, cuando su carácter principal es justamente acoplar realidades no solo complementarias sino también antagónicas, y que plantean problemas terriblemente complejos, es decir, ambivalencias: es el riesgo que se corre con la "chochez ecológica": a fuerza de mirar el árbol, se pierde de vista el bosque. Pero está también el riesgo de reducir el problema ecológico, incluso de disolverlo en sus componentes específicamente técnicos, o en las fórmulas convencionales y rituales de salvación revolucionaria.

La reducción tecnologista —es decir, tecnocrática— ya entró en acción. Se limita la degradación del ecosistema a cuestiones de contaminación. Cada fenómeno de contaminación puede efectivamente ser aislado y encontrarse su remedio técnico: aquí son las emanaciones de motores y fábricas, allá los desechos químicos, a veces todavía la reforma de los pesticidas.

Pero, al mismo tiempo, se enmascara el problema general, que no es un problema de tachos de desperdicios, sino un problema de organización general de la sociedad, de la relación hombre-naturaleza, del devenir industrial. La tecnología, ciertamente, es apta para taponar brechas, pero *no es apta para repensar el sistema.* La técnica, remedio parcial, *es también un aspecto del mal,* porque destruye el sentido global del problema y porque no dispone de su propio control.

La noción de "crecimiento cero" tiene ciertamente el mérito de plantear globalmente el problema de la industria en su conjunto, del consumo, de la calidad de la vida; plantea implícitamente el problema de la reorganización de la sociedad. Pero también dicha fórmula sufre un reduccionismo tecnocrático: otorga prioridad a los términos tecnológico-economistas. Propone un mito de equilibrio a una especie humana que es desequilibrada por naturaleza y en proceso irreversible. Antes de definirse sobre el no-crecimiento, importa más bien integrar esta noción en la de *desarrollo,* y sobre todo no darle un sentido exclusivamente economicista a esa noción de desarrollo. La disminución del crecimiento no puede adquirir un sentido a menos que se explicite la necesidad de la aceleración, la amplificación, la metamorfosis, la mutación del desarrollo. Solo se puede frenar si se sabe también acelerar.

La noción del desarrollo total y multidimensional del hombre supone, por consiguiente,

una transformación radical en el orden social. Pero es aquí donde encontramos el otro reduccionismo, el del marxismo llamado ortodoxo, el de los marxismos oficiales que, en tanto sistemas cerrados, reaccionan de un modo conservador, no queriendo absorber más que pequeñas dosis de ecologismo por temor a desorganizar la doctrina. En última instancia, nos encontramos con un marxismo exorcizador, que funciona como un molino de letanías, tal como cuando uno se aproxima a un monje tibetano escucha la salmodia de un molino de plegarias, igualmente, al acercarse a ciertos marxistas, se oye siempre la misma letanía purificadora, ya se trate de la naturaleza, la mujer, la poesía, el amor: *"lucha de clases, capitalismo, socialismo"*. Si alguien los incomoda, es exorcizado a su vez como *"agente de la burguesía"*, *"revisionista"* o *"reformista"*.

No obstante, es también cierto que en el seno del marxismo y no en otra parte surgieron desde 1967 las tomas de conciencia capitales. Se comienza a comprender que la revolución no es necesariamente la abolición del capitalismo o la liquidación de la burguesía, ya que la maquinaria social reconstruye, reproduce una nueva clase dominante, una nueva estructura opresiva. Se comienza a comprender que en la raíz de la estructura fenoménica de la sociedad hay estructuras generativas que gobiernan tanto la organización de la sociedad como la organización de la vida. Es justamente éste el sentido profundo del término —a menudo mitologizado, por otra parte— de revolución *cultural*, en el Este y el Oeste. Es sin

duda éste el sentido profundo de un cuestionamiento de la Universidad. Es éste, finalmente, el sentido profundo de un cuestionamiento de la técnica y la ciencia.

No se trata aquí de desvalorizar la ciencia. Se trata de ver por fin su otra cara, la cara oscura de la ciencia. Todo aquello que ha fundado la prodigiosa grandeza de la ciencia, su fuerza de verdad, tiene también su reverso. A la vez, la ciencia contribuye al desastre ecológico y antropológico porque, como la técnica, parcela los problemas y ha llegado a ser puramente un instrumento. Los científicos atómicos fueron los primeros atomizados, impotentes y aterrados de su propia impotencia. El problema de la ciencia, finalmente, debe ser algo más que repensado: debe ser pensado en función del desarrollo.

Aquí nos vencía una urgencia extrema, porque podemos ver por fin *que el desarrollo ha llegado a ser una cuestión de vida o muerte.*

La marcha hacia la muerte ha comenzado. La primera advertencia nos fue hecha por Freud, antes incluso que Hitler: lo que la sociedad ofrece es, al mismo tiempo, satisfacción y malestar, ya que las fuerzas libidinales que ella reprime se acumulan de modo explosivo. La segunda advertencia la dio Hiroshima, y continúa de una manera que ha llegado a ser casi inaudible en el tic-tac de los pequeños Mururoa galos. La tercera advertencia ha sido el alerta demográfico, desde Sauvy a Ehrlich, donde el crecimiento exponencial de la población se ha

revelado superior al de la propia industria, que constituye la cuarta advertencia, la advertencia ecológica.

Nos es necesario comprender ahora que todos esos mecanismos estarán ligados en lo sucesivo dentro del mismo gigantesco mecanismo de la muerte: la crisis de la civilización, la carrera armamentista y la generalización de las armas nucleares, la explosión demográfica, el crecimiento industrial. Algunas veces todo ello se acumula en un abceso monstruoso como el de Vietnam. Las figuras conjugadas del doctor Folamour, del gran Timonnier, del bastardo del Padre de los pueblos no deben permitirnos olvidar que ellos son también los instrumentos de la potencia anónima que se desencadena allí, pero que está en marcha en todas partes. Michel Serres lo mostró en un extraordinario artículo, "La tanatocracia", publicado en el número de marzo de *Critique.* El armamento, la producción industrial en serie y la ciencia van conjuntas en un triángulo de muerte. Ello significa la liberación de fuerzas energéticas inauditas arrastradas por la potencia de la ganancia, pero también en beneficio de la potencia. Porque no puede creerse que todos los males de la humanidad puedan resumirse en una sola palabra: capitalismo. Los despotismos y atrocidades precapitalistas, que cubren milenios, y los despotismos y atrocidades poscapitalisas, que pueden también llegar a cubrir milenios, están allí para testimoniarlo.

En ese sentido —como lo dijo Serres— la muerte no es teórica sino directamente extra-

polable de los procesos en curso. La muerte es probable estadísticamente, pero sabemos también que todos los acontecimientos creadores en la evolución han sido improbables estadísticamente.

Debemos considerar con esta óptica las advertencias apocalípticas, que llegadas primeramente de los poetas, soñadores y hippies, son actualmente retomadas por investigadores como el equipo Meadows del M.I.T. Los cálculos son quizá falsos aisladamente, los hechos insuficientes, *y técnicamente puede decirse, aislando el problema, que no hay un problema, sino técnica.* Pero así como el ojo de la rana, incluso cuando ésta se infla como un buey, no puede ver la forma de los objetos en movimiento captados por su retina, así el tecnócrata, hoy en día, no puede ver la forma general que se hace y se deshace. Si el apocalipsis se equivoca, es porque estará lo improbable. Y en ese sentido habrá tenido razón: habrá preparado lo improbable.

¿De qué se trata entonces? Traemos aquí nuevamente una fórmula de Michel Serres: "La cuestión ahora reside en dominar el dominio, no ya la naturaleza". El problema es entrar en un combate nuevo hacia la hominización. Combate muy difícil, como cualquier combate que no entra en las alternativas anteriores. Así, cuando Marx aparece en escena, la gran alternativa era república/monarquía/burguesía o aristocracia, y la irrupción de las ideas de comunismo y proletariado parecían infames y ridículas. Hoy, así como en los tiempos de

Marx, el problema reside más bien en constituir la ciencia nueva y la teoría nueva que en disolver los elementos nuevos en la antigua teoría. El problema es el de la transformación radical. Incluso la palabra revolución es ya demasiado débil, demasiado litúrgica, demasiado unidimensional. En los albores del tercer milenio, se hace necesario comprender que revolucionar, desarrollar, inventar, sobrevivir, vivir y morir están inseparablemente ligados.

Philippe Saint-Marc

Cada vez más televisores, automóviles, artefactos... Pero, como corolario, ¡qué empobrecimiento!

El primer problema que es necesario desmitificar es el del crecimiento. Se hicieron ver demasiado, hasta ahora, sus aspectos positivos, y se han olvidado todos los dominios en que nos pauperiza. ¡Qué de empobrecimientos! Si tenemos en cuenta solamente el número de automóviles, de televisores y máquinas de lavar, ¡cuánto se ha enriquecido Francia! Pero si contemplamos el acrecentamiento dramático de la contaminación del aire y del agua, del ruido, de los accidentes de ruta, ¡cómo se ha empobrecido Francia! Lo que se ha ganado en bienestar, se ha perdido, y con creces, por la degradación del entorno vital. Los bienes esenciales, los bienes gratuitos, están en vías de desaparición. Así pues, uno de los aspectos esenciales del socialismo lo constituye la extensión de los bienes gratuitos, en particular en el terreno de la naturaleza.

Ante todo, es necesario frenar resueltamente el crecimiento demográfico. Es necesario, si no bloquear el crecimiento económico, al menos

cambiar fundamentalmente sus objetivos y sus medios. A un crecimiento fundado sobre la producción de bienes materiales, sustituirlo por un crecimiento vuelto hacia la satisfacción de bienes inmateriales, es decir, al mejoramiento de las relaciones del hombre con su entorno físico y social. Hay necesidades inmensas para satisfacer: la salud, la cultura, la lucha contra los accidentes de trabajo y de tránsito, la protección de la naturaleza, el ocio . . .

¿La calidad de la vida, se dice, es una preocupación secundaria? ¿Un lujo de privilegiados? Es exactamente lo contrario. Hace nueve años, los habitantes de la región parisina estimaban ya entonces que la contaminación atmosférica constituía el mayor inconveniente, motivo de preocupación más grande para ellos que la circulación de automóviles; y que el ruido era un inconveniente bastante más grave que la escasez de vivienda. Recientemente, la mayoría de los franceses interrogados por el S.O.F.R.E.S.[1] consideraba que la lucha contra las enfermedades sería la tarea más importante de la próxima generación.

Si la expansión prosigue con la cadencia actual, el mercado de productos llegará a ser un mercado de renovación. Dentro de cuatro años cada familia tendrá su aparato de televisión, y dentro de seis habrá un automóvil por cada dos habitantes en Francia. Nosotros debemos tener como objetivo exigir la satisfacción de las verdaderas necesidades, sobre todo en el

1 El S.O.F.R.E.S. es una organización francesa especializada en encuestas públicas. [N. del T.]

ámbito del ambiente físico. Es necesario cambiar los métodos de crecimiento: nuestro sistema económico, materialista y liberal, es el principal responsable. El único medio para proteger la naturaleza es socializarla.

De 1906 a 1936 Francia conoció una economía estacionaria: su población sólo aumentó en un 2 %. Pese a ello, los perjuicios se han acrecentado considerablemente en razón de una mala organización de la distribución del territorio y de la concentración en la región parisiense, que aumentó en un 35 %. La densidad de la población francesa es actualmente cuatro veces menor que la de los Países Bajos, pero la de París es siete veces mayor que la de Amsterdam, en tanto que la superficie de espacios verdes por habitante es diez veces más pequeña en París que en Amsterdam. Es necesario cambiar la política de distribución del territorio. París pierde treinta mil habitantes por año, pero ello no detuvo la destrucción de espacios verdes por parte de los promotores para sus loteos, y de los ingenieros para sus autopistas y estacionamientos. Las ciudades tienen que ser liberadas de la dictadura de los ingenieros, y para que vuelvan a tener vida, habrá que reintroducir en ellas la poesía.

Pero para cambiar este nefasto sistema de desarrollo, ataquemos las fuerzas económicas, técnicas y políticas a quienes beneficia. Es éste un problema político que reclama un combate y un debate democrático para la conquista del poder.

Herbert Marcuse

La lucha por la extensión del mundo
de la belleza, de la no-violencia, de la calma,
es una lucha política

Recién llegado de los Estados Unidos, me siento un tanto desubicado para referirme al movimiento ecológico, ya ampliamente replanteado. Allá, hoy en día, entre los grupos militantes y particularmente entre la juventud, se siente prioritariamente la necesidad de combatir con todos lo medios a disposición de los militantes (medios rígidamente limitados) los crímenes de guerra cometidos contra el pueblo vietnamita. El movimiento estudiantil, al que se proclama ya muerto o agonizante, cínico y apático, renace en todo el país. Está muy lejos de ser una oposición organizada: es sobre todo una espontaneidad que se organiza mal que bien, provisoriamente, a nivel local. Pero la rebelión contra la guerra en Indochina es el único movimiento oposicional que el orden establecido no puede recuperar para sí, ya que la guerra neocolonial forma parte integrante de la contrarrevolución global que es la forma más avanzada del capitalismo monopólico.

Entonces, ¿por qué ocuparse de ecología? Porque la violación de la tierra es un aspecto esen-

cial de la contrarrevolución. La guerra, genocidio contra el pueblo, es también "territorio" en la medida en que ataca las fuentes y recursos de la vida misma. No resulta ya suficiente acabar con los hombres vivos: es necesario también impedirles la existencia a los que todavía no nacieron, quemando y envenenando la tierra, defoliando los bosques, haciendo saltar los diques. Esta locura sangrienta no cambiará el curso final de la guerra, pero traduce muy bien la situación del capitalismo contemporáneo: el derroche cruel de las fuerzas productivas en la metrópoli del imperialismo implica el derroche cruel de las fuerzas destructivas y el consumo de las mercancías mortales fabricadas por la gran industria de guerra.

En un sentido muy específico, el genocidio y el terricidio en Indochina constituyen la respuesta capitalista al esfuerzo ecológico revolucionario de liberación: con las bombas se aspira a impedir la rehabilitación económica y social de la tierra emprendida por el pueblo de Vietnam del Norte. Pero en un sentido más amplio, el capitalismo monopólico ha emprendido una guerra contra la naturaleza, tanto la del hombre como la naturaleza exterior: las exigencias de una explotación siempre más intensa contrarían a la naturaleza misma, en tanto ella es la fuente y el lugar de los instintos de vida que luchan contra los instintos de agresión y destrucción. Y las exigencias de la explotación reducen y desperdician progresivamente los recursos: cuanto mayor es la productividad capitalista, tanto mayor su destructividad. Esta es una de las manifestaciones de las contradicciones internas del capitalismo.

Cambiar la naturaleza del hombre y su medio natural para "civilizarlo" —es decir, hacerlo sujeto-objeto de la sociedad de intercambio— ha sido una de las funciones esenciales de la civilización: subordinar el principio de placer al principio de realidad, transformar al hombre en un instrumento de trabajo cada vez más alienado. Esa transformación brutal y penosa ha invadido lentamente la naturaleza exterior. Ciertamente, la naturaleza fue siempre una dimensión (y durante mucho tiempo, la única) del trabajo. Pero era también una dimensión *más allá* del trabajo: imagen de belleza, de tranquilidad, de un orden no represivo. En virtud de esos valores, la naturaleza constituía la negación misma de la sociedad de intercambio con sus valores de ganancia y utilidad.

Sin embargo, el mundo natural es un mundo histórico, un mundo social. Incluso como negación de la sociedad agresiva y violenta, la naturaleza pacificada es la obra del hombre (y de la mujer), la obra de su productividad. Ahora bien, la productividad capitalista es expansionista en su estructura misma: reduce progresivamente el espacio natural fuera del mundo del trabajo y de los ocios organizados y manipulados.

El proceso que somete la naturaleza a la violencia de la explotación y de la contaminación es ante todo un proceso económico (aspecto del modo de producción), pero es al mismo tiempo un proceso político. El poder del capital se extiende sobre la naturaleza en tanto que espacio de liberación y escape. Esta es la tenden-

cia totalitaria del capitalismo monopólico: es necesario que el individuo reencuentre en la naturaleza su propia sociedad; es necesario clausurar una dimensión peligrosa de evasión y cuestionamiento.

En la fase actual de desarrollo, la contradicción absoluta entre la riqueza social y su uso destructor comienza a penetrar en la conciencia de los hombres, incluso en la conciencia y el inconsciente manipulados y adoctrinados. Se siente, se sabe que no es ya necesario vivir como un instrumento de trabajo y de ocios alienados. Se siente, se sabe que el bienestar ya no depende de un perpetuo crecimiento de la producción. La rebelión de los jóvenes (estudiantes, obreros, mujeres) constituye el cambio profundo —en nombre de los valores de libertad y felicidad— de todos los valores que gobiernan al sistema capitalista . Y esa rebelión se orienta hacia la búsqueda de un entorno natural y técnico radicalmente diferente, visión que constituye la base de experiencias subversivas: tentativas de las "comunas" americanas para establecer relaciones no alienadas entre los sexos, entre las generaciones, entre el hombre y la naturaleza; tentativas para apoyar la conciencia del rechazo y la renovación.

En ese contexto tan político, el movimiento ecológico arremete contra el "espacio vital" del capitalismo, contra la extensión del ámbito de la ganancia, del derroche productivo. Sin embargo, la lucha contra la contaminación es fácilmente recuperable por el sistema. Hoy en día, casi no hay publicidad que no exhorte a

"salvar el ambiente", a terminar con la contaminación y el envenenamiento. Se crearon numerosas comisiones para controlar a los culpables. Por cierto, el esfuerzo ecológico puede muy bien contribuir para embellecer el medio, tornarlo más agradable, menos repulsivo, más sano y, en consecuencia, más soportable. Evidentemente, se trata de una recuperación por el sistema, pero también constituye un elemento de progreso porque, a través de dicha recuperación, cierto número de necesidades y aspiraciones comienzan a manifestarse en el propio seno del capitalismo y a transformar el comportamiento de los hombres, su experiencia, su actitud hacia el trabajo. Las reivindicaciones económicas y técnicas son superadas hacia un cuestionamiento que replantea el modo mismo de producción y el modelo de consumo.

En un sentido cada vez más amplio, la lucha ecológica choca contra las leyes que gobiernan el sistema capitalista: la ley de acumulación ampliada del capital, la creación de una plusvalía adecuada, la ganancia, la necesidad de perpetuar el trabajo alienado, la explotación. Michel Bosquet lo formuló muy bien: la lógica ecológica es la negación pura y simple de la lógica capitalista, no se puede salvar la Tierra en el marco del capitalismo, no puede desarrollarse el Tercer Mundo según el modelo del capitalismo.

En última instancia, la lucha por extender el mundo de la belleza, de la no violencia, de la calma, es una lucha política. La insistencia

sobre esos valores, sobre la restauración de la tierra como entorno humano, no es solamente una idea romántica, estética o poética que no concierne más que a algunos privilegiados; constituye hoy una cuestión de supervivencia. Es necesario que los hombres aprendan por sí mismos que es indispensable cambiar el modelo de producción y de consumo, abandonar la industria de la guerra, del derroche y de los artefactos, para sustituirlos por la producción de objetos y de servicios necesarios para una vida de trabajo reducido, de trabajo creador, de auténtico goce.

El objetivo es siempre el bienestar, pero un bienestar que no se define por el consumo siempre creciente a costa de un trabajo cada vez más intenso, sino por la conquista de una vida rescatada del miedo, de la esclavitud del salario, de la violencia, de la fetidez y del estruendo infernal de nuestro mundo industrial capitalista. No se trata de hermosear la abominación, de esconder la miseria, de desodorizar la fetidez, de cubrir de flores las prisiones, los bancos, las fábricas: no se trata de purificar la sociedad existente sino de reemplazarla.

La contaminación y el envenenamiento son hechos mentales tanto como físicos, subjetivos. La lucha por un entorno que asegure una vida más dichosa podría afianzar en los mismos individuos las raíces institivas de su propia liberación. Si los hombres ya no son capaces de distinguir entre lo bello y lo repulsivo, entre la calma y el estruendo, significa que ya no conocen la cualidad esencial de la libertad, de

la dicha. En la medida en que la naturaleza llega a ser más bien el entorno del capital que el del hombre, sirve para fortalecer la servidumbre humana. Esas condiciones tienen su fuente en las instituciones de base del sistema establecido, para el cual la naturaleza es ante todo un objeto de explotación provechosa.

Tal es el límite interno insuperable de toda ecología capitalista. La verdadera ecología desemboca en un combate militante por una política socialista que debe alcanzar las raíces del sistema, en el proceso de producción a la vez que en la conciencia mutilada de los individuos.

Índice

Presentación 7

El gran problema es saber si siete mil millones de hombres pueden vivir sobre nuestro planeta
Sicco Mansholt 13

Lo prioritario no es determinar los umbrales de contaminación, sino movilizar a los ciudadanos
Edmond Maire 21

Si se permite a los grandes monopolios "recuperarla" para sí, la lucha contra la contaminación puede conducir al despotismo
Michel Bosquet 35

Si se salta de un avión, más vale equiparse con un paracaídas que con un altímetro
Edward Goldsmith 49

La conciencia ecológica no debe ser
sometida ni por la tecnología
ni por el "marxismo exorcizador"
Edgar Morin 59

Cada vez más televisores, automóviles,
artefactos... Pero como corolario,
¡qué empobrecimiento!
Philippe Saint-Marc 71

La lucha por la extensión del mundo
de la belleza, de la no-violencia, de
la calma, es una lucha política
Herbert Marcuse 77

Talleres Gráficos GARAMOND S. C. A.,
José A. Cabrera 3856, Cap. Fed.,
terminó de imprimir este libro
en el mes de junio de 1975

Este volumen contiene el debate que el "Club de Nouvel Observateur" de París llevó a cabo el martes 13 de junio de 1972.

Como se verá, los oradores se ocuparon particularmente de desmitificar el crecimiento y de rechazar la solución tecnológica para los problemas de la demografía, la contaminación y el ambiente. Pero también coincidieron en señalar que un capitalismo sin crecimiento ya no es viable y que, como tal, no admite la revolución ecológica que se necesita. En lo que todos estuvieron de acuerdo es que ese objetivo puede lograrse sólo en relación con la originalidad de las luchas que se emprendan.